

La unidad geopolítica de Europa

Por RAMON VILLANUEVA

“En la etapa de transición de los estados nacionales europeos a las potencias mundiales, hemos dejado de ser gran potencia política, y en verdad definitivamente, porque nuestra aniquilación militar ha acontecido en esa coyuntura que ya no puede repetirse.”

(Karl JASPERS. Discurso en la recepción del Premio Goethe de la ciudad de Frankfurt 1947).

¿A qué estado nacional europeo no serían aplicables las anteriores palabras?

En espacio y fuerza resalta la minimez de las históricas potencias europeas frente a los colosos del presente, la U. R. S. S. y los EE. UU. y a los nacientes imperios como el Chino, señores de los grandes espacios. En el subsuelo de la crisis —ya tónica— de Europa, se esconde una crisis de su geografía misma. De la historia parece desprenderse una ley que admite pocas excepciones: Todo Estado grande tiende a ser un Gran Estado. Este hecho fué ya observado y formulado sagazmente por Friedrich Ratzel, profesor de Geografía de la Universidad de Munich, el patriarca de la geopolítica alemana, quien tuvo una idea precisa de la importancia de una concepción espacial. “Cada pueblo, decía, ha de ser educado pasando de pequeñas a grandes concepciones espaciales; y el proceso ha de ser repetido una y otra vez para impedir a los pueblos que retrocedan a las antiguas y pequeñas concepciones espaciales. La decadencia de todos los Estados es resultado de una concepción espacial cada vez más reducida.

La decadencia europea no es ajena en absoluto a estas causas.

Así, tras la vertiginosa expansión que comienza en el siglo XVI y culmina en el XIX, hemos presenciado, en el presente siglo, un retroceso hacia sus propios límites geográficos paralelo al proceso de la tan traída y llevada decadencia europea. Los Estados nacionales europeos, que por su estructura, potencia bélica y económica y por los espacios contenidos dentro de la órbita de su poder, fueron grandes potencias mundiales, hoy son apenas pequeñas potencias, y siempre dentro del reducido marco de las imprecisas fronteras del continente sabio.

Las grandes potencias mundiales que rigen los destinos de la Humanidad ocupan grandes espacios. Más que Estados nacionales simples son una reunión de diversas naciones, una integración de diversas razas en un gran espacio común.

De las potencias europeas, únicamente Gran Bretaña no se siente todavía poseída del vértigo de las grandes concepciones espaciales. Pero el Imperio inglés, la Commonwealth, es un espacio discontinuo, un imperio disperso —y por ello quizás el único en decadencia— frente a los espacios continuos de los U. S. A. y de la U. R. R. S.

Esta discontinuidad en el espacio es quizás un factor tan activo en la decadencia de una unidad política como pueda serlo la falta de grandes concepciones espaciales de que nos habla Ratzel. No basta con afirmar la necesidad de un nuevo gran espacio europeo si antes no se determinan sus límites posibles con arreglo a las insoslayables leyes de la ciencia geopolítica.

Con afán de abarcar sintéticamente todos los puntos referentes a las peculiaridades de una futura unidad geopolítica de Europa, vamos a destacar previamente los siguientes aspectos del problema:

1) Desde un punto de vista geográfico, Europa no existe como continente. No es una unidad geográfica. Europa es obra del hombre y los límites de su geografía están allí donde terminan su cultura y sus esquemas de vida.

2) Europa a lo largo de la historia es una supernación dividida a partir del siglo XVI (Reforma, Renacimiento) en una pluralidad de Estados nacionales, pero sin dejar de constituir una superior unidad cultural.

Hoy esta división en Estados nacionales es suicida. Se impone un Estado europeo de límites espaciales más amplios, capaz de mantener vivo el mundo cultural europeo frente a unidades políticas asentadas en territorios más extensos.

3) Los límites del "*gran espacio europeo*" vienen determinados por factores políticos, económicos, sociológicos y entre ellos destaca desde un punto de vista geopolítico la necesidad de que la expansión europea se limite a los espacios que pueda llegar a integrar plenamente en su cultura.

El olvido de esta última afirmación ha sido quizás la causa que

ha conducido a Europa de la euforia y apoteosis decimonónica a la rápida pendiente regresiva del siglo en que nos ha tocado vivir.

La experiencia de los dos grandes imperios occidentales —el de Alejandro y el Romano— es aleccionadora. La carrera imperial del macedonio es quizás una de las más brillantes páginas de la historia del occidente. Pero es quizás también una de las más inútiles. Enjuiciándola desde un punto de vista geopolítico —el Dr. J. Vicens Vives en su Tratado General de Geopolítica— subraya un problema de enorme envergadura: el suscitado por la rápida fragmentación del imperio creado en el transcurso de tan pocos años como los que median entre el 334 a. de J. C., y el 324 a. de J. C. “¿Cuál fué la causa de tan tremendo fracaso? ¿Cuál el sino que redujo al helenismo, impuesto en Asia Occidental por la victoriosa espada de Alejandro Magno, a ser considerado —según opina Toynbee— como una mera intrusión en el campo de otras culturas?” Una explicación somera de tales sucesos hace recaer la responsabilidad del desastre en los egoísmos personales de los jefes que sucedieron a Alejandro en la responsabilidad de mantener aglutinado aquel mosaico de países, pueblos y costumbres. Pero esto no es suficiente, ni mucho menos.

Treinta tiranos contó el Imperio Romano en momentos de su convulsa historia del siglo III, y no sólo se salvó la unidad imperial, sino que —lo más importante— se mantuvo la continuidad de la cultura que había engendrado el mundo mediterráneo. Entonces hay que acudir a un error de fondo en el propósito que animó la empresa alejandrina: éste no sería otro que el abandono del marco geográfico reclamado por su verdadera misión histórica —dar a la helenidad las costas y los glacis defensivos del Mediterráneo oriental— por el supuesto imperativo estratégico de profundizar hasta el último reducto del adversario. Si no en Tiro, *Alejandro debía detenerse en Gaugamela*, batalla que le dió Mesopotamia, glacis natural de Asia Menor, Siria y Palestina. Sus ulteriores y heroicas campañas en Persia y la India añadieron laureles al general, pero los quitaron al estadista, planteando el problema disociativo —Occidente frente a Oriente— que había de provocar el vertiginoso hundimiento de su Imperio.

Por este motivo se frustró el postulado primordial del rey macedonio: salvaguardar el helenismo de la amenaza iránica y anatólica mediante la creación de un verdadero Mediterráneo griego, con su glacis avanzado en Mesopotamia.

El otro gran imperio occidental fué obra de Julio César, pues “le dió la posibilidad de sobrevivir en potencia política durante cinco siglos y en continuidad cultural hasta nuestros días, *gracias a la conquista de las Galias* (58 al 52 a. de J. C.)”

“César supo reducir sus conquistas en la Galia a sus justos límites; levantó en el Rhin una poderosa barrera contra los pueblos

germánicos; organizó los territorios anexionados, y, lo que es mejor, asimiló los galos a la cultura de Roma. De este modo erigió un baluarte geográfico e ideológico de tal entidad, que, ensamblando por el Norte el triángulo Italia-Galia-Hispania, permitió que en su seno se efectuara la síntesis entre helenismo, latinidad y catolicismo, resistente incluso a las tremendas consecuencias de la irrupción bárbara del siglo V. El natural instinto geohistórico de César acertó plenamente en donde una fulgurante conquista llevada hasta el Elba, había significado el principio de una disgregación paralela a la obra de Alejandro Magno."

Desde el punto de vista geopolítico estas experiencias son las que hemos de tener en cuenta fundamentalmente. Apenas dos centurias ha durado el predominio político de Europa en el mundo y su predominio cultural amenaza ya con disiparse. ¿Qué es este tiempo comparado con los milenios de esplendor de una dinastía egipcia?

Durante el siglo XIX los Estados europeos fueron sujetando a su poder los territorios más distantes, más dispares y más ajenos a su cultura. En su mayor parte inasimilables. La crisis de estos imperios nacionales es un hecho que ya casi pertenece al pasado. El impacto de Europa sobre esos pueblos exóticos lejos de llevar a su asimilación, ha provocado un renacimiento de las culturas nacionales indígenas que se han apropiado del Occidente la técnica y la organización, pero no sus ideales.

El Imperio Británico sigue en pie gracias a un prodigio de equilibrio y ductilidad de su metrópoli. Pero la esperanza de europeizar a las poblaciones asiáticas ha desaparecido.

También los imperios nacionales europeos, como el macedonio, fueron demasiado lejos. De allí su rápida disolución. Consecuencia: Ampliación de nuestro espacio, sí; pero al estilo de Julio César, sabiendo detenerse para construir, sin escuchar el canto de sirenas exóticas que nos atraen para devorarnos.

Se encuentra Europa entre dos mundos culturales nacientes: el americano y el soviético. Ambos son hijos por ideas y raza (parcialmente) de nuestro continente. Nosotros damos por supuesto este hecho, sobre el que no nos corresponde especular. De ahí una serie de tensiones y relaciones.

Las tensiones han sido resumidas por el Conde R. N. Coudenhove Kalergi apelando a una metáfora geométrica-geográfica. Europa es un triángulo con base en el Mediterráneo, cuyos lados están sometidos a la poderosa atracción de los mundos con que limitan.

El lado atlántico está sometido a la avasalladora influencia de América. Se producen movimientos centrífugos de los Estados europeos en esa dirección. Se comenta excesivamente la huída de los países del Este de Europa hacia el mundo soviético. Por el contrario, se omite toda reflexión sobre el servilismo político y aun cultural en que se han colocado los Estados atlánticos europeos con respecto a los Estados Unidos,

El lado Este del triángulo está compuesto por un conglomerado de países de incorporación relativamente reciente a la cultura europea que han sentido siempre un movimiento de atracción hacia las corrientes asiáticas. Con sentido profético, vaticinaba C. Kalergi en 1929¹ que de no llegarse a una Europa unida estos países caerían bajo el imperio de los soviets, como efectivamente ha sucedido.

La base del triángulo está formada por los países latinos y ante la disolución de Europa, el centrifugismo se ha manifestado en las propuestas renovadoras de un viejo sueño: el de un imperio latino-africano.

Todas estas tensiones son hechos que hay que tener en cuenta en la elaboración teórica de un futuro gran espacio europeo, teniendo siempre presente estas dos realidades:

1) Hoy, por la revolución de las comunicaciones, se ha creado una interdependencia mundial antes inexistente. Esto quiere decir, que nada de lo que sucede en el mundo es irrelevante para un país por lejano que se encuentre del lugar del suceso. Las consecuencias se transmiten como un movimiento ondulatorio cuya fuerza es imposible de prever. Por lo cual, incluso geográficamente, el europeísmo no es sino un paso más hacia la futura integración mundial.

2) Europa, y repetimos, no es una unidad geográfica, a diferencia de otros continentes su unidad no nos viene dada por la naturaleza. Es obra del hombre, y como tal, sólo mediante un esfuerzo continuo, sin desfallecimientos puede subsistir. En otro caso, caerá indefectiblemente en la órbita de los grandes poderes mundiales. Será la dispersión. Y esto impedirá a los europeos colaborar como fuerza viva en la futura ordenación mundial.

Ante la experiencia histórica siempre presente del mundo helénico, con su fraccionamiento político, y por las razones anteriormente apuntadas, creemos que el dilema que se nos plantea a los europeos es éste: unidad o disolución, es decir, la muerte de Europa o la muerte de los Estados nacionales europeos —no de las naciones— para dar vida a la nueva Europa.

EL GRAN ESPACIO EUROPEO

La especulación de los intelectuales sobre este tema data ya de hace unos cuantos lustros. El problema consiste en definir los límites óptimos y posibles de una futura gran Europa.

(1) Heros on Saint. Coudenhove Kalergi fué el fundador del movimiento Paneuropa. Esta primera Asociación europeísta se llamaba "Unión Panaceuropea", y según su fundador era "un movimiento de masas, independiente de todos los partidos y cuyos fines eran conseguir, entre las naciones europeas, una "entente" política y económica y una misión aduanera". El Presidente de honor fué Aristide Briand, el célebre político francés, y su Presidente, el Conde R. N. Coudenhove Kalergi. El órgano de la Unión Paneuropea era la Revista "Paneuropa", que se publicaba en Viena. La obra fundamental de C. Kalergi es *Panaceuropa*, que fué traducida a varios idiomas.